

# TRACE

**Traditional Children's Stories for a Common  
Future**

**Las criaturas agradecidas**



Co-funded by the  
Erasmus+ Programme  
of the European Union



Érase una vez un padre con tres hijos: dos eran listos, mientras que el tercero era un zoquete. El padre envió a sus hijos a trabajar para ganar algo de dinero. Le dio a cada hijo una cesta de mimbre con provisiones para el viaje, y así, caminaron y caminaron, hasta que sintieron hambre.

Los hermanos listos dijeron: “¿Deberíamos comer cada uno su propia ración como si hubiésemos discutido? Vamos a comernos primero la ración de nuestro hermano pequeño, para aligerar su carga.”

Tomaron el almuerzo y retomaron su camino hasta que quisieron volver a comer. En esta ocasión, cada uno de los hermanos más listos comieron de su propia cesta y no le dieron nada al hermano pequeño, el zoquete. Este clamó:

“Hermanos, ¡yo también quiero comer!”

“¿A caso alguien te ha dicho que devorases tu pan tan rápido?” Le replicaron.

El pobre muchacho tuvo que continuar con el estómago vacío. Tras el aperitivo, todos continuaron el camino hasta que llegó la hora de la cena. Los hermanos más listos comieron su comida, cada uno de su propia cesta, y no le dieron nada al zoquete. Este clamó:

“Hermanos, ¡yo también quiero comer!”

“¿A caso se te ha agujereado la cesta y toda tu comida se ha caído?” Le volvieron a replicar.

El pobre muchacho tuvo que irse a dormir sin cenar y con bastante hambre.

Al despertar, por la mañana, vio que sus hermanos se habían ido y lo habían dejado solo en el bosque. ¿Qué debía hacer ahora? Así pues, decidió emprender su camino y seguir la dirección del sol, quizás así encontraría la dirección correcta. Caminó y caminó, hasta que vio un hormiguero enorme sobre el cual el viento había tirado un grueso árbol. Las hormigas que se lamentaban le pidieron ayuda y que levantase el árbol. El zoquete se puso debajo del árbol, empujó con todas sus fuerzas y ¡el árbol rodó lejos!

“¡Gracias, gracias!” Exclamaron las hormigas. “¡Cuando sean malos tiempos cuenta con nuestra ayuda!”

Siguió su camino y, de repente, escuchó a las abejas lamentarse y pedir ayuda.

El zoquete echó un vistazo: había un oso que subía al árbol para intentar coger algo de miel. Le lanzó su cesta vacía y consiguió darle a la bestia en todo el hocico. El oso se asustó tanto que se cayó del árbol y puso los pies en polvorosa.

“¡Gracias, gracias!” Exclamaron las abejas. “¡Cuando sean malos tiempo te ayudaremos!”

El zoquete siguió su camino y, de pronto, escuchó el graznar lastimoso del cuervo. Al mirar más de cerca, vio que la cría del cuervo se había caído del nido. Cogió al pequeño cuervo y lo puso en su nido.

“¡Gracias, gracias!” Exclamó el cuervo. “¡Cuando sean malos tiempo te ayudaré!”

El zoquete siguió su camino, hasta que vio una gran casa señorial y decidió pedirle trabajo al señor de la casa. El señor le dijo:

“Te daré tres tareas y si lo cumples recibirás una bolsa llena de monedas de oro, pero si no lo haces, ¡te despellejaré!”

El zoquete pensó: “No pierdo nada en intentarlo, mi padre espera que regrese a casa con ganancias.”

Por la tarde, el dueño del lugar le dijo:

“Esta noche debes transportar todo mi grano a la casa, trillarlo de una sola vez, y, además, todo el grano debe ser aventado.”

El zoquete se sentó en el umbral del granero y suspiró profundamente. ¿Cómo uno puede llevar a cabo tanto trabajo? Entonces, se le acercó una hormiga de sopetón:

“¿Qué te preocupa muchacho? ¿Qué ha pasado?”

El muchacho le explicó que debía recoger todo el grano y trillarlo durante aquella misma noche.

La hormiga lo calmó:

“No te preocupes, nosotras lo recogeremos y lo trillaremos.”

Llegó una gran multitud de hormigas, arrastraron y trillaron el grano una y otra vez, y completaron el trabajo al amanecer. El grano estaba trillado, recogido y aventado en grandes montones.

Por la mañana, el señor de la casa se encogió de hombros: ¿Quién podía imaginar tal prodigio?

Pero por la tarde asignó al zoquete otra tarea:

“Esta noche tienes que construir una iglesia de cera en esta colina.”

El zoquete se sentó en la ladera de la colina y suspiró profundamente. Entonces, se le acercó una abeja de sopetón:

“¿Qué te preocupa muchacho? ¿Qué ha pasado?”

El muchacho le explicó la gran tarea que debía completar en una sola noche.

La abeja lo calmó:

“No te preocupes, nosotras construiremos la iglesia.”

Un gran número de abejas llegó volando y con un gran vigor empezaron a construir la iglesia. Al despuntar el día, un magnífico edificio se erigía en la cima de la colina. El dueño de la casa llegó por la mañana y aplaudió asombrado. No obstante, por la tarde asignó al zoquete otra tarea:

“Un gallo dorado debe ser colocado en la aguja de la iglesia de cera.”

El zoquete se sentó en la puerta de la iglesia y suspiró profundamente. Entonces, el cuervo se le acercó de sopetón:

“¿Qué te preocupa muchacho? ¿Qué ha pasado?”

El muchacho le explicó todo: un gallo dorado debía ser colocado en la aguja de la iglesia.

El cuervo lo calmó:

“No te preocupes, esta tarea también puede ser cumplida. Sube a mi espalda, volaremos hacia el castillo del diablo.”

El zoquete se sentó en la espalda del cuervo y en un periquete llegaron al castillo del diablo.

El cuervo entró corriendo por la ventana y cogió el gallo dorado, pero como no podía cargar el doble de peso en su espalda, tuvieron que escapar a pie. Al escuchar el ruido, los demonios empezaron a perseguirlos y casi lograron atraparlos, hasta que el cuervo dejó caer de su ala una pequeña gota de agua y un gran lago surgió en la tierra.

Mientras los demonios corrían en busca de barcas, ya se habían alejado. A pesar de ello, los demonios no los iban a dejar en paz, pronto volvieron a pisar los talones de los fugitivos.

Entonces, el cuervo dejó caer de su otra ala un grano de arena y se creó una gran montaña de inmediato. Mientras los demonios corrían en busca de palas, ya se habían alejado. No obstante, los demonios no los dejaron escapar y pronto volvieron a pisarles los talones.

Por último, el cuervo dejó caer una de sus plumas y un espeso bosque fue creado. Mientras los demonios corrían en busca de hachas, ya habían llegado a la casa señorial y habían puesto el gallo dorado en la aguja de la iglesia.

Por la mañana, el dueño de la casa estaba muy asombrado y empezó a alabar las grandes proezas del zoquete. Le suplicó al joven que se quedaría en la casa y tomara a su hija como esposa, pero el zoquete no aceptó: el dueño no renunciaría a sus caprichos. Así pues, tomó el dinero que se había ganado y volvió a casa con su padre.

Cuando llegó a casa, sus hermanos más listos ya estaban allí. Le habían contado todo tipo de sinsentidos a su padre, como que habían estado buscando a su hermano por todos los sitios y por eso no habían podido encontrar trabajo. Cuando el padre se enteró de la verdad, se enfadó mucho, echó a los hermanos listos de la casa y les dijo que fueran a aprender un oficio.

Padre e hijo pequeño vivieron una vida feliz en su hogar.